



Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia

Juan David Villa Gómez, Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade
(Editores y Compiladores)



Universidad
Pontificia
Bolívariana

302.4
V712

Villa Gómez, Juan David, compilador
Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como Barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia / Juan David Villa Gómez, Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade Jaramillo compiladores -- Medellín: UPB, 2021. -- (Colección Ciencias Sociales, 17)
512 p., 14 x 23 cm.
ISBN: 978-958-764-998-7

1. Violencia – Colombia – 2. Política – Colombia – I. Quiceno, Lina Marcela, compilador – II. Andrade, Verónica, compilador – III. Título – (Serie)

CO-MdUPB / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Varios autores
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz y reconciliación en Colombia
ISBN: 978-958-764-998-7

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-998-7>

Primera edición, 2021

Escuela de Ciencias Sociales

Facultad de Psicología

Doctorado en Ciencias Sociales

CIDI. Grupo de Investigación en Psicología; sujeto, sociedad y trabajo (GIP). Proyecto: Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia (Fase II). Radicado: 325C-11/18-10

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Director Facultad de Psicología: Rodrigo Mazo Zea

Gestora Editorial de la Escuela: Dora Luz Muñoz Rincón

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Sissi Tamayo Chavarriga

Corrección de Estilo: Carmenza Hoyos

Fotografía portada: Lina Marcela Quiceno

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2111-27-05-21

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Capítulo 3

“Las heridas van sanando poco a poco”.
La transformación emocional vivida en
los acuerdos de paz y posacuerdo
en el oriente antioqueño

Carlos Esteban Estrada¹
Carlos D. Patiño²
Jeny Paola González³
Sofía Jaramillo³
Sebastián López³
David Ruiz³
Juan José González³

Resumen

Este capítulo de libro, resultado de investigación, hace parte del proyecto “barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”. Comprende la continuidad y transformación afectiva vivida en los Municipios de Sonsón, Cocorná y la Unión durante el proceso de paz y el naciente posacuerdo, dándole continuidad al capítulo anterior de este mismo libro, “Eso nos dolió a nosotros”.

¹ Psicólogo, Magíster en psicología. Docente asociado de la Facultad de psicología de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Grupo de estudios clínicos y sociales en Psicología. carlos.estrada@usbmed.edu.co

² Sociólogo, Magíster en educación, candidato a doctor en Psicología. Docente asociado de la Facultad de psicología de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Grupos de estudios clínicos y sociales en psicología. carlospatiogaviria@gmail.com.

³ Psicólogos de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Miembros del Semillero de Psicología Social y Política.

Barreras emocionales para la paz, formadas durante el conflicto armado en el oriente antioqueño". Tomando como situación el proceso de paz y el posacuerdo, y a partir de los eventos que allí se dieron, como el plebiscito por la paz, la entrega de armas por parte de los excombatientes de las FARC-EP y demás, se habrá de dar cuenta de un legado emocional en transición, de afectos que han sido creados y sedimentados en el marco del conflicto armado que comienzan a moverse. Así, la rabia que ahora toma por objeto unos acuerdos que se perciben como un premio a la infamia y a la no reparación. La desconfianza que se dirige tanto a los participantes del proceso de paz como al proceso mismo, en tanto se percibe lejano y distante. Estos sentimientos persisten, aunque agrietándose, y en estas fisuras se habrá de colar la esperanza.

Palabras clave: emociones, afectos, sentimientos, proceso de paz, posacuerdo, violencia.

Introducción

La sociedad completita es una forma que guarda dentro de sí más formas. A esta se le conoce por sus texturas, olores, relatos acompasados entre silencios, acentos y gestualidades, se le siente en las maneras de ver la vida, en la constitución de las ciudades, los refranes, los pueblos y las veredas. La sociedad se ve en sus medios de transporte, en sus *quehaceres* y caminantes. Tal vez por esto se dice que la memoria se airea entre la gente y se mantiene en las historias de los sentires y los pensares, esos de los que también están hechos los discursos de la política, las conversaciones a la hora del almuerzo y los días de mercado. También se encuentra en el recuerdo desde relatos que entre miradas dibujan el paso desgarrador que deja una guerra, historias del conflicto armado que palpan heridas y cicatrices en nuestras voces y silencios.

Así como en algunos lugares no cesa el aturdidor sonido de la guerra, en otros como Cocorná, Sonsón y la Unión, los toques de queda y los bandos como se les solía conocer, con miradas desafiantes y armamentos, son ausencias y recuerdos de un pasado, pero, que queda titilando como grieta en imágenes y en recorridos. Parece que se respira una

tensa calma en las pieles, las miradas, en lo que se ve, se hace o, en su defecto, deja de hacerse. Allí, habitan sentimientos endurecidos por su larga trayectoria, unos de velocidad lenta y otros que son un suspiro en tanto desorden. Su presencia puede unificar, separar o gestar intentos de olvido.

Los actos de violencia cometidos por los grupos armados, como el despojo de las tierras, la irrupción en las prácticas alrededor de las mismas, el reclutamiento forzado y el asesinato, dejan sentimientos de impotencia y en la mirada y gestos de las víctimas se reconoce un hastío, la rabia actúa de inmediato, sentimiento rápido y filoso, mientras que va acentuándose o, a su modo, difuminándose en la superficie que logra entrever rezagos de un profundo dolor punzante que se arraiga en el cuerpo.

Se sigue a viva voz el recelo, la extrañeza de ir viendo gente rara, extraña al municipio, a la vereda. Esos mismos que no son ni vecinos ni cercanos, pero, caminan “pisando fuerte” y pasando por encima. Donde sentir todo esto es reconocer la desconfianza de quien camina por el costado, vivirlo es ir viendo cómo se van dejando silencios distantes entre la gente y es la mirada puesta en el vecino que ya no se sabe quién es o mejor dicho de qué bando es. Caminar las carreteras, mirar a los ojos, cuidar lo que se dice, cuidar a quien se le dice, es el ambiente del pueblo que se encuentra nublado por el temor. Este se impregna y camina con el caminante, no perece y se acompaña de la desconfianza que no es más que sonido de la cotidianidad, hecho y delineado por la zozobra, el terror y la incertidumbre.

La presencia de los paramilitares no da tregua y la confrontación armada con la guerrilla deja entre la gente sentimientos que se encapsulan y dan duro, muy duro. Mientras que el ejército decepciona y el Estado entre sus intentos de hacerse sentir se hace ausente, sus acuerdos son objeto de desesperanza y hastío, mientras una luz de esperanza se cuele por las fisuras que deja una oleada de violencia que cesa a ratos. A pesar de la resignación y la desazón puesta encima de la esperanza de una comunidad fragmentada por la violencia, la fortaleza aturdidora se inmiscuye desde sentires dulces, resistentes y abigarrados, afectos como el amor, la alegría y la indignación irrumpen a tropiezos en esa cotidianidad hecha por el conflicto armado tomando a su lado un hábito de valentía, deseosa y compasiva para seguir apostándole a la vida.

En este capítulo de libro, que se enmarca en el macroproyecto de “barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”⁴, que es la continuación del capítulo anterior, damos cuenta de la continuidad afectiva vivida en los Municipios de Sonsón, Cocorná y la Unión, en tiempo de proceso de paz y el nacimiento posacuerdo. En este sentido, la orientación teórica y metodológica que se asume puede ser profundizada en dicho capítulo. En lo que atañe a este, se desarrollará justamente a partir de la situación proceso de paz y posacuerdo. Todo esto, en función de los eventos que concretan modos de sentir y de *afectarse* (conmoverse, emocionarse), que en general habrán de dar cuenta de un legado emocional en transición. Afectos que han sido creados y sedimentados en el marco del conflicto armado comienzan a moverse. La rabia y la desconfianza persisten como barreras para la paz, aunque agrietándose, y en estas fisuras se habrá de colar la esperanza.

Valga aclarar que esta mirada en torno a los afectos también se encuentra en relación con lo propuesto por Bar-Tal (2013), al enunciarlos cómo un componente del ethos favorable al sostenimiento de los conflictos bélicos, junto con las narrativas del pasado (construcciones de memoria) y creencias sociales colectivas (en torno al enemigo y las motivaciones de unos y otros grupos). Así se centra la atención especialmente en los afectos, entendiéndolos en su contexto de producción y en articulación con estos otros elementos que el autor desarrolla.

Cómo se llega emocionalmente al proceso de paz y posacuerdo

El proceso de negociación entre el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón y la guerrilla de las FARC-EP constituyen un hito en la his-

⁴ Este proyecto se logra gracias a la articulación entre La Universidad Pontificia Bolivariana, La Universidad San Buenaventura De Medellín, Fundación Universitaria Católica Del Norte, Fundación Universitaria Claretiana, Pontificia Universidad Javeriana – Cali y Universidad Surcolombiana.

toria reciente de Colombia. Toda vez que la guerrilla con mayor trayectoria y expansión en el país participó de un proceso de dejación de armas y terminó finalmente con la desmovilización y desvinculación de la estructura armada el 24 de noviembre de 2016, día en que finalmente se firman los acuerdos de paz que incluían seis puntos centrales, a saber: reforma rural integral, participación política, apertura democrática para construir la paz, cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo y la dejación de las armas, solución al problema de las drogas ilícitas, víctimas y los mecanismos de implementación y verificación.

Para llegar a firmar este acuerdo de paz se involucró en el proceso de negociación a diferentes actores sociales: a los sabidos Estado y la guerrilla de las FARC-EP. Así participaron entonces organizaciones comunitarias y líderes sociales, actores clave que estuvieron presentes en el conflicto armado y, especialmente, las víctimas de la violencia en Colombia (de todos los bandos, incluyendo el Estado, en manos de los militares) se sumaron al proceso en clave de aporte, de reconocimiento de los diferentes sectores que padecieron el conflicto e incluso quienes dieron voz a aquellas personas que hoy faltan entre la gente, todo esto en aras de asumir un proceso que se avecinaba como esfuerzo colectivo de construcción de paz (Fisas, 2010).

Esta situación de reencuentro entre diversos sectores sociales y diferentes lugares de experiencias en el marco del conflicto dieron lugar a un escenario afectivo en el que se actualizaron viejos resentimientos, como la indignación, el miedo y la desconfianza. Estos sentimientos gestados en el marco del conflicto llegan como lastre histórico, endurecidos y fuertes, a afrontar el posible cambio y sus movilizaciones.

En este sentido, la desconfianza fue una constante durante el proceso de paz y se ha ido enquistando conforme pasa el tiempo. Como no habría de ser así, si la certeza de un buen desarrollo del proceso se ha visto interrogada por las experiencias pasadas de intentos fallidos y nuevos ciclos de violencia. Además del clima de desconfianza sentido a partir de los procesos comunicativos que se hicieron durante el proceso de paz y el papel de los medios de comunicación en el lenguaje en torno a los acuerdos (Tabares, 2019; Villa Gómez, Velásquez, Barrera & Avendaño, 2020).

La gestión de este clima emocional que se erige en el escenario del proceso de paz y posacuerdo supone un momento que podríamos pensar como construcción afectiva de la paz, donde es fundamental dar cuenta qué y cómo se siente en relación con esta. Asimismo, poder reconocer aquellos sentimientos y experiencias emocionales con los que se llega a la paz, produciendo mezclas afectivas concretas en los diferentes municipios, que cooptan a los sujetos y les hacen partícipes de estos modos de sentir. En este sentido, será fundamental reconocer el lugar de la rabia y la desconfianza emergente en el conflicto armado, para comprender el modo en que se podría asumir un eventual ambiente de paz (Paladini, 2011) que, entre otros elementos, requiere involucrar justamente una suerte de confianza en que dicha situación sea plausible y que, por esta razón, podamos hablar de la esperanza.

Entre tanto, la construcción emocional de paz es clave para detener los ciclos sucesivos de violencia que ha vivido el país a lo largo de su historia. La promoción de sensibilidades favorables a la paz es un reto por asumir en época de posacuerdo. Especialmente cuando se sabe que de no reconfigurar las dinámicas mismas que posibilitan el mantenimiento de la guerra, es probable que se recicle la violencia. Diferentes estudios señalan que aquellos conflictos que *terminan* con un proceso de paz, la mayoría se reanudan en los siguientes cinco años a la firma de un acuerdo (Gurr y Marshall 2003, citados por Nasi & Rettberg, 2005) y, en términos de Bar-tal & Halperin (2013), en el clima de conflicto de una sociedad determinada la conciencia del apoyo a procesos de paz constituye un requisito previo para su construcción.

Ahora bien, a propósito del proceso de paz en Colombia se comienzan a gestar acciones de buena voluntad entre las partes, con lo que se concretan acuerdos como el cese al fuego (que en diferentes ocasiones fue bilateral), que incluso se sostuvo un tiempo seguido a la firma de estos. En este contexto, los municipios de Sonsón, La Unión y Cocorná, todos ellos en Antioquia, percibieron un fuerte alivio a la cotidianidad de la violencia y los afectos se fueron transformando, e incluso un leve halo de esperanza se vislumbraba en el horizonte de país. Sentimientos como la esperanza hacen parte fundamental para la construcción de paz, aun

cuando se mezcla con otros afectos como el dolor y el enojo, pues pueden fortalecer la solidaridad en la consecución de un mismo objetivo (Fernández, 2017).

Por otro lado, Cohen-Chen, Halperin, Crisp & Gross (2014) sostienen que la esperanza se refiere a elementos como el deseo de que una meta específica se materialice, un componente de expectación de que hay un futuro posible y otro componente de afectos positivos acerca de la anticipación de lo venidero. En este sentido, se acerca a la postura de Fernández (2000) sobre la esperanza como gracia en la vida, como aquello que se mantiene a pesar de la muerte y lo incierto. Es un afecto que emerge desde la oscuridad como una luz, un halito de luz ante la melancolía y ante el impotente sentir de que todo está perdido.

Además, podría decirse junto con Fromm (1968), que la esperanza es un elemento decisivo para cualquier intento de efectuar cambios sociales. Es un afecto que está presto para lo que todavía no nace, sin caer en desesperación por la velocidad del cambio. Además, la esperanza no es ingenua, es más bien imaginativa y creativa en el proceso de construcción hacia el cambio. Cuando este sentir es fuerte, puede ver y fomentar todos los signos de la nueva vida y también prepara para ayudar a lo que está en condiciones de nacer, pero, cuando es débil pugna por la comodidad o la violencia (Fromm, 1968).

Con este panorama, nos acercamos al modo por el cual los habitantes de los municipios de Sonsón, La unión y Cocorná vivieron estos afectos de rabia, desconfianza y esperanza en torno a los sucesos que configuran los acuerdos de La Habana, el proceso de paz con las FARC-EP y el posacuerdo.

El lastre del daño y la violencia endurecidos en los corazones: la rabia

Negociaciones polémicas: la rabia actualizada

Durante el proceso de paz entre la guerrilla de las FARC-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón, la rabia fue una constante en los municipios de Cocorná, La Unión y Sonsón. Este sentir se produce en relación con eventos particulares como: desertión de actores armados del proceso de paz, el manejo y la forma en que se piensa la justicia transicional, las negociaciones, el plebiscito y la consiguiente firma del acuerdo, la ocupación de puestos públicos por parte de excombatientes de la guerrilla y la eventual reparación de las víctimas del conflicto armado.

La rabia en torno al proceso de paz también se asume y se matiza en intensidad en función del lugar político que toma el sujeto, toda vez que en aquellas personas 'en desacuerdo' con el proceso de paz se agudiza este sentir, especialmente en relación con los beneficios que habrían de recibir los excombatientes de la guerrilla, puesto que estas concesiones se perciben como un premio a la ignominia y a la atrocidad de sus actos. Este sentir gestado en el marco del conflicto se actualiza en esta nueva situación, lo que queda del pasado, el acuerdo, alienta el enojo, que las personas expresan como:

Rabia, a uno eso le da como rabia. Yo digo eso no es justo, no es justo, porque habiendo tanta gente que ha luchado, que ha trabajado, que ha estudiado y personas que lo único que hicieron fue hacerle mal al pueblo, al país, a todo el mundo, y que ya con ganas de subirse al mando (LU, EN°26).

La rabia, que otrora se vivía en relación con los grupos armados y sus hechos victimizantes, como se ha mencionado en el capítulo anterior, ahora también recae en un proceso que en principio buscaría cambiar el rumbo de la violencia en el país, puesto que el proceso lo que hizo fue "generar que esos sentimientos de rabia, de inconformismo se ampliaran más, fuera, fueran mayores dentro de todos los

colombianos porque eso hizo, que uno escuchaba en todos lados, en cada esquina hablar” (C, EN°12). Ahora, la forma en que se vive la rabia en torno al proceso de paz y el escenario de posacuerdo también se ve mediada por el modo en que los participantes entienden que los medios de comunicación ocultan sistemáticamente la información de las acciones oprobiosas de los gobernantes y, en su lugar, tienden un velo de falsedad con el único objetivo de dividir la opinión del pueblo, fomentando este sentir, y con esto, aumentar aún más las diferencias entre los habitantes de los municipios.

“[los medios de comunicación] Tapan muchas porquerías que hacen nuestros políticos, pero nos muestran lo poco, no están mostrando todo como es. Ellos tratan de acomodar sin esconder la noticia, pero no son profundos al dar el contenido como tal [...] son los mismos medios que nos han enredado a los colombianos, que no los han dejado salir adelante, porque justamente cuando estamos en eso, llegan las elecciones faltando 6 meses y vamos a escuchar solo los medios de comunicación es una pelea interna entre dos partidos o dos candidatos, pero los otros lo tratan de tapar porque nuestro país para tapar la corrupción hay que destapar las noticias” (C, EN°4).

De La Habana a los municipios en Colombia: un acuerdo distante

Las dinámicas propias del proceso de paz y posacuerdo que propician el sostenimiento de la rabia escalan la cotidianidad dejando entrever que estos viejos agravios se enquistan en las relaciones y que se vivió con relativa independencia el proceso formal de los acuerdos entre el Estado y la guerrilla. La rabia que se ha visto endurecida con el paso del tiempo en los municipios dista de que lo que se percibe es la idea de la paz. En este sentido, la rabia opera en los cuerpos restringiendo el margen de tolerancia a la diferencia y a la divergencia, quienes se acercan a la postura política que sostiene la persona que hable, fortalecen su bando mientras que el disidente de esta postura se percibe más distante. La grieta que este afecto acompaña se hace más amplia y la gente,

que necesita justamente dirimir diferencias, se encapsula como estrategia de protección propia (en este sentido se articula con la desconfianza para evitar que la postura que se tiene sea de conocimiento público, no se quiere dar ventaja a posibles adversarios o grupos armados) como apuesta por conservar unos mínimos de convivencia.

Siempre esa rabia la tengo que saberla contener, porque como está el país, yo tengo que saber con quién manifiesto la rabia, porque es que si la manifiesto con una persona que está de acuerdo con lo que está sucediendo en estos momentos, vamos a terminar es peleando, en una confrontación (C, EN°12).

Con esto, llama la atención que los sujetos no solo participan de la rabia vivida en torno al proceso paz y de ahí se extienda, como situación de la vida pública de los municipios, a la relaciones entre estos, siendo entonces *que "el tema ahorita de la paz, lo que hizo fue dividir todo un país, en vez de generar unidad hacia el deseo por la paz, lo que hizo fue generar discordia"* (C, EN°12). Por otro lado, los participantes también entienden que la rabia es un afecto que desean abandonar, pero, que justamente requiere de unas condiciones dadas en el marco de un proceso que repare y sane a quienes reconocen en el lugar de víctima del conflicto:

Yo creo que lo que se necesita en Colombia es dejar a un lado el rencor, dejar a un lado la rabia ocasionada en años atrás producto de la guerra... imaginarnos una Colombia mejor y más humana. Entonces lo que hace falta en últimas: que la reparación que se haga, aporte y sane a las personas, sane a las víctimas. (S, EN°07)

Con este panorama, se puede entender que la rabia vivida en el marco del proceso de paz y en el posacuerdo ha operado sobre los cuerpos como en las relaciones, no solo con la institución estatal a quien se le reclama una reparación percibida como escasa, sino que se ha enquistado en las dinámicas de la vida cotidiana de los municipios. Por las lógicas con que actúa este sentir, los cuerpos se distancian y tensionan, se asume una postura donde se interpreta la acción del contrario como una ofensa fortuita, que podría eventualmente implicar un enfrentamiento, pero que en aras de

una mitigación de dicha lógica de la violencia, los participantes buscan exorcizarla.

La desconfianza desperdigada

En los municipios de Sonsón, la Unión y Cocorná el proceso de paz se vivió marcado especialmente por un afecto: la desconfianza. Este sentimiento en el marco de este proceso de paz tiene diferentes direcciones, a saber: los actores involucrados en el proceso de paz y en el mismo proceso de negociación. Con respecto a los primeros, los participantes comprenden que sus intenciones son ominosas, ocultas y portadoras de sevicia, por lo cual no terminan de confiar en estos. Para el caso del Estado, asumen que hay vínculos con los actores armados y, además, *“es una mentira, para ganar más poder”* (S, EN°09) o incluso se cree *“que el presidente estaba por un nobel de paz, que ya lo consiguió y listo”* (S, EN°14). En torno a la guerrilla, desconfían del proceso de entrega de armas y de sus aspiraciones políticas. Ahora, en relación con el proceso mismo, los participantes comprenden que este no fue claro, que la información no estuvo disponible y argumentan falta de espacios para participar y enterarse del mismo. Este vacío en la comunicación justamente se llena con la fantasía que la desconfianza alberga, que se concreta en creencias de complicidad en contra de la población civil y víctimas:

Con sinceridad me siento desconfiada, porque es que ningún momento ellos han dado a conocer, verdaderamente, lo que se negoció, nunca lo han hecho, ellos hablan de unas cosas y hacen otras, [...] inicialmente decían que no les iban a pagar y les están pagando; [...] cuando dicen vamos a entregar las armas es todo, pero en este momento todavía están sacando caletas [...] (S, EN°8).

En esta misma vía, la desconfianza en torno al proceso de paz y los actores que participan del mismo, recordemos, se configura a partir de las experiencias vividas en el conflicto, como se dijo en el capítulo anterior, y aun así es un lastre que se alimenta también del presente vivido en el proceso de paz y en el posacuerdo. En este sentido, la forma en que se vive este proceso en estos municipios del

Oriente Antioqueño es como una farsa y un engaño en diferentes vías, a saber, engaña la guerrilla, *"...y dijeron, que todos los de las FARC se iban a desmovilizar y mira que los primeros días, unos grupos, se salieron, como de ese proceso, y no creo que hayan entregado todas las armas"* (S, EN°14), y también engaña el Estado: *"en ese momento uno ve que el proceso de paz es falsas promesas, por qué, porque al iniciar, cuando hicieron lo del plebiscito, ya habían firmado, y porque nos ponen a elegir a nosotros..."* (S, EN°14), cuyos representantes pierden legitimidad, *"ya no creemos en muchos políticos por lo mismo porque vienen con unos cuentos diferentes a lo que hacen... nos sentimos engañados"* (LU, EN°23). Incluso hay quienes sienten que el Estado es quien más está engañando y promoviendo la desconfianza en el proceso, *"Le estamos incumpliendo a la guerrilla, increíblemente eso es lo que está pasando, o sea negociamos, la guerrilla cumple y el gobierno le incumple, el gobierno no, la nación, la sociedad está incumpléndole a las FARC"* (LU, EN°28).

En este amplio panorama, los participantes hacen una lectura, incluso histórica, que ratifica su postura de desconfianza, pues no sería la primera vez que, en el marco de procesos de paz, su confianza fuera defraudada, aunque no lo supieran en su momento y en el transcurso del tiempo, pudieran habitar la certeza del engaño sufrido como es el caso de la desmovilización de las otrora conocidas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que, en el gobierno del expresidente Álvaro Uribe Vélez, participaron de un proceso de paz.

Yo la verdad no sabía nada, sí sabía de los paramilitares, sabía que se habían desmovilizado en el 2005-2007, luego leí que al final ellos no se desmovilizaron que entregaron como unas armas de juguete (...) Pero cuando uno se empieza a enterar que hubo una mutación, que se convirtieron en BACRIM, que ellos en realidad todo fue como un montaje yo digo como acá nos metieron la mano a la boca (C, EN°15).

Asimismo, la desconfianza se cierne sobre aquellos actores que hicieron parte del proceso de paz en lugares diferentes al Estado y a las FARC-EP. En este sentido, es llamativo notar cómo la desconfianza con que se vive parece cubrirlo por completo, se entiende que el proceso de paz tenía que hacerse y firmarse a pesar del sentir y vivir

de la gente y, por lo tanto, las acciones que se produjeron para conseguir tal fin se viven como infamia:

La gente por ejemplo dice, los que estuvieron allá se dejaron comprar y dijeron lo que el gobierno quería que dijeran, de alguna u otra forma se siente que se vendieron porque necesitaban que el proceso de paz se diera. Entonces la gente dice, también porque tienen que estar negociando con ellos, viviendo tantos años allá, con todas las comodidades (C, EN°6).

En torno a la vida en comunidad, en el marco del proceso de paz y posacuerdo, llama la atención la forma en que la desconfianza, que en principio se vive en relación con el proceso de paz y a los actores, ahora también se individualice y llegue incluso a ser una forma de la relación entre personas en donde lo que diferencia a unas de otras es el buen corazón: (Sobre los actos de perdón de la guerrilla: Escepticismo, desconfianza) *“Ojalá se cumplieran, pero yo no creo, eso es muy difícil; como le digo, hay personas de muy buen corazón, como otras que no, que ya no les importa nada (S, EN°09).*

En esta misma línea, la sospecha se cierne sobre el otro, la desconfianza no es otra cosa que la misma confianza deteriorándose en el proceso. Construir paz de manera conjunta se convierte en un reto en el que habría que comenzar superando la idea del otro como desinteresado o distante políticamente, a propósito de esto se dice que:

Yo pienso que sí sería muy interesante un proceso donde nos unamos, y busquemos juntos las paz, pero quién me da la garantía a mí, desde que estas personas están con la misma actitud, con la misma intención de aunar fuerzas, porque sus intereses pueden ser muy distintos a los interés de una persona que realmente, realmente quiera la paz, ahora yo pienso que no se pierde nada con creer en el otro, y aprovechar todo indicio que se vaya dando de ellos o de parte de otros que no sean ellos de paz, deseos de paz, pues aprovecharlos y mirar que se puede hacer (S, EN°04).

Ahora bien, lo que si se tiene claro en el horizonte de la desconfianza es cómo se exagera en la medida en que sube peldaños

institucionales, en la medida en que los procesos lleguen “desde arriba” la mirada de sospecha recae sobre estos. Y al contrario, aquellas colectividades que construyen escenarios de paz en clave territorial son aquellas que despiertan confianza. Es posible que algo de lo mencionado anteriormente se trance en este proceso y justamente lo institucional, leído desde la ambición y la desconfianza que producen sus intereses, sean objeto de rechazo, en este sentido:

Yo no creo en una paz que me traiga firmada Santos, ni Timochenko, ni que me la traigan de La Habana, ni de Noruega, no, yo no creo en esa paz, realmente no creo en esa paz sino en la que construimos desde abajo con nuestra gente sencilla, y en los pequeños grupos que muchas veces hacen esfuerzos por crear la paz de una manera anónima y silenciosa (S, EN°04).

La desconfianza entonces hace lo suyo, permanece latente aferrada a diferentes objetos en el marco del proceso de paz (y como se ha dicho, de los actores que allí participan) y del posacuerdo. Tanta violencia caló en los corazones de la gente y se fue endureciendo con el recelo e incredulidad que sostienen la desconfianza, pero como afecto situacional, en la medida en que la situación cambia, este cambia con la misma, como se conocerá a continuación.

La esperanza entre rendijas y fisuras

Durante el proceso de negociación política del conflicto armado entre la guerrilla de las FARC-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón, se abriría la posibilidad de gestar un ambiente de paz próximo. Se podría comenzar a pensar en clave de perdón y reconciliación, desmovilización y desarme, reinserción y paz, la idea de una vida en comunidad, superando los sentimientos de rabia y desconfianza y, además, sin violencia, se erigía como la máxima del acuerdo aunque era claro para todos los actores que, estando lejos de esta, el proceso de su construcción requeriría más que una firma para formalizarlo, un proceso que también se viviera en sectores distintos a los que la negociaron directamente.

En este contexto se gesta un clima afectivo en el que la esperanza toma diferentes formas, desde una mirada escéptica de una posible paz, que más parece resignación, que una convicción de que la paz será una realidad viable, hasta la idea de una posibilidad tangible en el futuro, eso sí, no muy cercano.

Las grietas de la desesperanza

El clima gestado en el marco del conflicto armado en Colombia daba cuenta de cómo con el pasar de los años (y con ellos los acuerdos de paz fallidos), se endurecían afectos como la rabia y la desconfianza. Conforme pasaba el tiempo, y algunas condiciones en las vidas de la gente parecían cambiar, la esperanza con que se iba asumiendo tanto el proceso de paz como el escenario de posacuerdo parece dar cuenta de una transición hecha desde la desesperanza en relación con el proceso de paz, hasta tal punto que incluso la misma esperanza en la idea de futuro en paz se deposita en el quebrantamiento de los mismos acuerdos, en este sentido,

aunque estamos en un país lleno de corrupción, pero se vale creer todavía, pienso que hay que elegir otra vez un candidato donde tengamos como ya una barrera contra el proceso que va con la guerrilla, que no le entregamos el país a ellos (C, EN°13).

Ahora, esta postura es una entre tantas, por otro lado, se entrevé otro lugar según el cual sería mejor cualquier arreglo posible, a perpetuar las dinámicas de violencia que se han gestado por décadas en el territorio: *“Es que vea, por ejemplo, quien me decía, mis amigas me decían, usted que prefiere. Hay un dicho que dice, es mejor un mal arreglo que un mal pleito. ¿Usted que quiere que Colombia siga en esta guerra?” (C, EN°6).*

De igual manera, la esperanza se nutre de las acciones pasadas o eventos que se perciben positivos, como fue la negociación de paz con la guerrilla del M-19, de tal manera que se concibe un posible cambio, una transición eventual que puede ser favorable incluso para el país y, en ese sentido, poder estar acompañada de posibles transformaciones en los ámbitos público y político. La luz con que

se mira el futuro está teñida también del pasado que de alguna manera la proyecta y que, en el transcurso mismo de la historia en acción y movimiento, concreta una imagen a partir de la cual se busca entender lo venidero:

Entonces me decían... hay que apostarle al cambio. Si la guerrilla en este momento está buscando... ponían mucho el ejemplo del M-19, que también en su momento nadie creía en que podía haber un cambio importante o hacer parte importante de la política del país y demostraron que finalmente pues, han hecho, esta Wolf de senador y hay unos militantes de su momento activos en la vida política...ahora es porque es el momento y están de moda por todo lo que han hecho, pero en su momento también se le dio la oportunidad al M-19 y lo han hecho bien, entonces por qué no generar esa conciencia en ellos (C, EN°6).

Esta forma en que se vive la esperanza da cuenta de un legado que ha dejado la guerra, que por un lado cimienta lógicas de indolencia y naturalización del conflicto como posibilidad tangible y permanente para los sujetos del municipio, como paradójicamente un agotamiento y hastío por la violencia y sus efectos en los cuerpos y las relaciones. La forma en que se vive parece dar cuenta de “haber tocado fondo”, hasta tal punto que cuesta confiar en un posible futuro promisorio, aunque se anhela.

La esperanza renaciendo

Entre tanto, todo esto es una postura esperanzadora, pues deja ver que la cimentada desesperanza que se vivía en el marco del conflicto armado colombiano se ha ido descongelando. Comienza a ceder, ablandarse, fisurarse y, por estas grietas, la esperanza encuentra cómo entrar en el diálogo cotidiano, en la vida comunitaria de estos municipios, grietas que se hacen más amplias en tanto los participantes “de acuerdo” perciben cambios: “... sí se ha visto unos pinitos de unos que quieren cambiar, pero el temor acá es que si, quieren cambiar unos pocos, pero no creo que todos” (C, EN°4).

En la medida que esto puede apreciarse, también se da un proceso paralelo, según el cual quienes han sufrido los efectos imbatibles de la violencia van curándose del daño sufrido: *“No, ya, ya, ya de todas maneras las heridas van sanando poco a poco”*. (S, EN°04). Algo clave para comprender este proceso de sanación es el lugar del otro y de la relación que se sostienen en las comunidades, puesto que el otro que acompaña en esta sanación puede dar cuenta de las transiciones afectivas que se viven, puesto que

De pronto al principio sí, uno rencor, rabia, odio, hasta darles (ríe). Pero no, no, ya no, ya de verdad con la ayuda... pero uno sí necesita ayuda, uno si necesita ayuda, sea de un profesional, sea de un padre, sea de un amigo que lo aconseje bien, algo.” (S, EN°04).

En este sentido da esperanza no solamente el cambio que puedan habitar los excombatientes y el cuestionado proceso de paz y posacuerdo, sino la compañía de otros en el proceso de superación del dolor.

La esperanza puesta en individuos no en procesos o grupos

Finalmente, es bastante llamativo la forma en que la esperanza se siente especialmente en relación con los individuos, claro, no está exenta de requisitos estrictos para cumplir, pero, la esperanza en relación con el proceso de paz y los grupos en sí mismos se ve disminuida en comparación con la mirada puesta en sujetos.

Para los habitantes de los municipios abordados es fundamental el lugar del individuo para el proceso de construcción de esperanza, puesto que allí se deposita la luz que orientará finalmente hacia una paz vivida e incluso hay expresiones que se refieren a la paz como cuestión entre personas:

Tranquilidad como principal, la tranquilidad como dicen vale mucho y a partir de ahí pues se genera situación económica, el progreso. Principalmente tranquilidad para poder... y eso genera paz” (C, EN°13).

La esperanza de que con todo lo que yo hago, tengo la esperanza de que otras personas también puedan pensar lo mismo, y que se puedan superar y que puedan dejar ese odio y ese rencor, todo lo que ellas sienten porque hay que pensar para vivir y no vivir para pensar (C, EN°5).

La esperanza entonces es vivida en relación con la superación del odio, tarea que adquiere un compromiso de los sujetos para sumar a la construcción de paz. Ahora bien, el hecho de que la esperanza se sienta especialmente hacia individuos, cuando se produce en relación con excombatientes se tiñe de un tono que implica, o al menos espera de este, un proceso de reconfiguración de sí mismo y de sus prácticas. En este sentido, el otro, el excombatiente, en aras de un posible escenario de reconciliación se ve interrogado en tanto la misma gente le solicita que *"... esas personas reinsertadas no deben de premiarles, es un premio para ellos, sino ponerlas a trabajar, un trabajo social, que se ganen la vida como nos la ganamos nosotros."* (S, EN°10), al mismo tiempo que se espera un proceso de limpieza de conciencia cuyo resultado sea que tenga en su mente que no va a hacer más daño y que va a trabajar con la comunidad, "bienvenido" (S, EN°10). Así, los habitantes de estos municipios se esperan con un cambio de conciencia y de prácticas cotidianas por parte de quienes se desvinculan de la guerra.

De este modo, el proceso mismo de reconciliación gana en términos de disposición para el mismo por parte de la gente de estos municipios, en tanto la mirada al excombatiente, al ser filtrada por la esperanza, alcanza a ver otras dimensiones del otrora victimario, se apela a la bondad de su corazón en proceso de transición para eventualmente desenvolverse en un escenario de posacuerdo. Eso sí, tampoco se cae en la generalización y más bien se dice que:

Yo creo que con algunas personas se podrá, [convivir] porque yo sé que mucha de la gente tiene un corazón bueno. (Se sentiría cómo da conviviendo con): ...pues si lo hacen de corazón, [...] con todos, porque es que todos somos personas [...] Desde que la persona lo haga de corazón y sea buena gente, no hay ningún problema (S, EN°09).

Con este panorama, podemos decir que aquellos eventos que se encuentran cargados de esperanza implican un proceso de espera de reorganización del otro, “excombatiente”, más que de su grupo armado (independientemente del que sea, legal o no), pues sobre estos permanece el recelo y la desconfianza, pero sobre el sujeto, con rostro y en concreto, pareciera prevalecer la mirada que recupera la esperanza en el cambio y en la transformación, como si el sujeto pudiera cambiar, pero, los grupos permanecieran fieles a las lógicas de la atrocidad, tal como se podrá ver en el capítulo 4 de este libro y en el capítulo 9 del primer libro (Gómez, Bohórquez & Villa Gómez, 2021).

Conclusiones

El legado del conflicto armado en Colombia ha atravesado los cuerpos en proporción a la cercanía con que se ha vivido. Para nadie es un secreto que, como parte de las dinámicas de la vida social, este se vivió especialmente en aquellos sectores más desprotegidos donde el Estado no llega, y cuando lo hace, el impulso con el que arriba causa otros daños que se suman a los ya ocasionados por los victimarios implacables. En este sentido, los cuerpos son portadores de una historia que no es solo suya, que le pertenece al contexto en el que se produjo, a la historia que le marca, a las situaciones de las que participó y de la gente con la que lo vivió, ese cuerpo que tiene la marca de las relaciones vividas concretadas en unidad.

Conforme el tiempo pasa, el cuerpo se va acoplando a las formas que toma, se va endureciendo, se va engarrotando y con él los modos de sentir. Las situaciones, que para el caso de la violencia, se hacen constantes, sistemáticas y cotidianas. Así, el cuerpo envejeciendo en situaciones de violencia se expone a modos de sentir que se van sedimentando en las relaciones, las cosas, en el espacio y en la vida.

Para el caso de la rabia y la desconfianza, en tanto nacen en el marco del conflicto y se sostienen por los recuerdos mismos de la colectividad, que se materializan en las relaciones y en modos de comunicación, se configuran como barreras psicosociales para la construcción de paz y reconciliación, toda vez que generan un

ambiente hostil en el contacto interpersonal e intergrupalo (situación que se articula con la forma en que se vive este afecto en la ciudad de Medellín, de acuerdo con Villa Gómez, Rúa-Álvarez, Serna, Barrera-Machado & Estrada-Atehortúa (2019), en la comunidad llamada a un acercamiento reconciliador que supere la diada víctima-victimario. La reconciliación y la paz como ejercicio territorial que emerge en comunidad requiere necesariamente una configuración afectiva basada en la confianza entre la gente, en la idea de futuro conjunto y en procesos para hacer dicha idea posible.

Así, se podría sostener que en estos municipios del oriente antioqueño, durante los diálogos de paz y el posacuerdo, los sentimientos de rabia, desconfianza y esperanza se articulan de tal modo que dan cuenta del "remocionar"⁵ compartido en torno a las dinámicas de conflicto y guerra que se han vivido en contexto. Este "remocionar" supone una reconfiguración del afecto en función de las situaciones vividas, lo que además produce otros modos de habitar el territorio y las relaciones. Los afectos que se han construido en el marco del conflicto armado en Colombia se ajustan y constituyen situaciones diferenciadas, donde se funden con otros afectos, se resisten al cambio mientras mutan y captan objetos diferentes y novedosos mientras se extienden entre la gente en su diario vivir.

El "remocionar" da cuenta de una articulación entre estos afectos de rabia, desconfianza y esperanza que se configura en torno a lo que se percibe en cercanía o distancia. Unos acuerdos que se sienten lejanos, que no se ocupan de las situaciones estructurales de la cotidianidad de los municipios, y que buscando promover unos modos de sentir, paradójicamente producen otros. Esta situación de distancia, sin rostro cercano, sin identidad configurada en las relaciones cotidianas es finalmente, y cómo no, objeto de la desconfianza y de la rabia de los participantes.

⁵ Remocionar implica justamente remover las emociones, es volver a sentir en contexto presente, en el que se actualizan las emociones vividas, dando lugar a nuevas experiencias afectivas.

En este sentido, la pérdida de rostro estatal en el acuerdo de paz y el tiempo venidero no ha hecho más que endurecer la forma, una simple falta de estética entre gobernantes y civiles, o en palabras de Fernández, “la estética es el grado de unidad de alguien y algo. Así es como se usa en el arte y la vida cotidiana” (2004, p. 76). Mientras se va haciendo más extensa cualquier realidad se va haciendo más distante y dura, contrario a lo que ocurre con los vínculos comunitarios, que al cesar en alguna medida la violencia durante el proceso de paz y posconflicto el acercamiento se vive con optimismo y la esperanza se cuela entre cuerpo y cuerpo.

La rabia y la desconfianza se aferran a lo difuso que pueden tornarse los objetos del acuerdo de paz y de posconflicto y lo que queda de fondo en los otrora protagonistas del conflicto, en lugar de quien lo padece, es un sentimiento de exclusión y no reparación (una deuda histórica sentida casi como impagable). No hicieron parte de los acuerdos, no fueron escuchadas sus voces, entienden que no se les comparte, comunica ni participa de las decisiones que se tomaron en La Habana y se firmaron en Cartagena, la cizaña está sembrada y ha sido fecunda.

En esta misma línea de ideas, la rabia ya no se dirige solo a las fechorías y acciones violentas y recurrentes que se vivieron en el marco del conflicto, perpetrados por parte de todos los actores armados. Estos recuerdos avivan este sentir que ahora también se dirige en torno a la exclusión y no reparación percibida, que los participantes entienden viven en relación con los acuerdos y del posconflicto. Unos acuerdos que se experimentan con relativa independencia de lo que en La Habana se dialogaba.

Con estas situaciones, la rabia no sería ajena a la vida cotidiana y tomaría las relaciones mismas entre los habitantes de los diferentes municipios, puesto que las dinámicas que se vivieron en ese momento convocaron a una suerte de bandos que en ocasiones tensionó a favor o en contra del proceso de paz, situación que se agudizó y se expresó en el marco del plebiscito de 2016 (Perilla, 2018; Villa-Gómez, Rúa-Álvarez, Serna, Barrera-Machado & Estrada-Atehortúa, 2019). Esta rabia, tan dañina en términos de relaciones, requiere ser transformada en aras de tramitarla de un modo distinto a la ensordecadora venganza

(Chaparro, 2018). En este punto, estos sentimientos colectivos pueden orientarse como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación.

Por su parte, la desconfianza que se vivió en época de conflicto ahora copta también un proceso de paz, al cual los participantes le atribuyen la generación de falsas promesas y el ocultamiento sistemático de la información y de lo pactado. Sentimiento que de nuevo se actualiza y que se cuele entre la gente, quienes buscando cómo protegerse evitan el diálogo político abierto que pueda exponerlos con su postura. En este sentido, la continuidad de la desconfianza nacida en el conflicto hace que la gente llegue reacia e indispuesta para afrontar este proceso de paz que les habría de implicar, gestar y organizarse para convivir de otros modos con los otrora victimarios.

Esta desconfianza, promovida en gran parte por los mismos actores partícipes del proceso de paz (Tabares, 2019), se vivió de manera constante, la información avasalló a la gente y le hacía dudar del procedimiento y, cómo no, del posible resultado. Esta desconfianza que se cuele por las relaciones distanció cuerpos, resquebrajó vínculos e hizo un panorama en el cual la sensación de estar excluido del proceso de paz se agudizara, no se puede conocer aquello distante. Además de esto, la desconfianza también se articula con el miedo (Fernández, 2004), lo que produce una lógica del resguardo y aislamiento de los otros, que pueden ser percibidos eventualmente como dañinos (Estrada-Atehortúa, Oliveros-Ossa & Rentería-Hernández, 2019).

Para estas condiciones de desconfianza que giran en torno a lo distante que se perciben y entienden, los participantes del proceso de paz y el proceso mismo, las condiciones vecinales y comunitarias, lo cercano, es aquello en lo que se deposita finalmente la confianza, e incluso en la idea de futuro, de tal suerte que esta cercanía, cálida y vívida, va gestando y cuidando de la luz que promueve la esperanza en una historia marcada por la violencia y la guerra.

Así, la esperanza comienza a surgir en el marco del proceso de paz (Hernández 2016) para comenzar a configurarse, renaciendo entre el desorden de la violencia, colándose en las fisuras del endurecido pesimismo y miedo gestado en el conflicto. Parece por fin mostrar

un quiebre en la historia recurrente de violencia acontecida, el deseo de transformar tanto dolor y ruina en esperanza (Domínguez & Aleán, 2020). La esperanza llega a aquello que se logra ver, al parecer lo que se siente cercano, se individualiza y tiene rostro, toma por objeto a las comunidades que están ahí, día a día buscando hacer la paz y gestar acciones cotidianas de convivencia. En ese sentido, la esperanza no tiene rostro de institución o estructuras militares, por lo contrario, se alberga en el compromiso personal e individual. Fernández (2011) sostiene justamente que los sentimientos o afectos de protección, como son la esperanza y la confianza, emergen a partir de relaciones percibidas como familiares, aquella calidez de lo conocido redunda finalmente en el “acoger” en relaciones y en comunidad.

La eventual creación de condiciones de convivencia pacífica se vive en coherencia con la gestión comunitaria. Si los acuerdos de paz y su implementación se viven con una relativa independencia en los territorios, la gente de estos municipios, aún con desconfianza y rabia en torno al proceso de paz y sus actores, y las dinámicas mismas del posacuerdo, reconocen también que a partir de la cotidianidad no se cesa en la creación de apuestas para la paz, el perdón y la reconciliación. En este sentido, Chaparro (2018) habrá de sumar con la idea justamente que la esperanza en este proceso de paz, más que vivirse como una convicción de armonía en relación con los actores del conflicto, es más una aceptación puesta en la idea de futuro que aquello innegociable, se irá limando, como las asperezas.

Así, tanto el proceso de paz como el posacuerdo dan cuenta de una esperanza en gestación, que implica que justamente se vive en tensión con su opuesto, la desesperanza que lo constituye (Fernández, 2011). La apuesta misma por la esperanza da cuenta de la espera, del anhelo de cambio y transformación que se pueda alcanzar en los tiempos venideros.

Referencias

Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. University Press.

- Bar-Tal, D., & Halperin, E. (2013). The nature of socio-psychological barriers to peaceful conflict. *Conflict & communication online*, 12(2), 1-16.
- Chaparro, A. (2018). Acordar la paz en Colombia o “la cosa misma” de la filosofía. *Estudios de Filosofía*, 57, 35–57.
- Cohen-Chen, S & Halperin, E & Crisp, R & Gross, J. (2014). Hope in the Middle East: Malleability Beliefs, Hope, and the Willingness to Compromise for Peace. *Social Psychological and Personality Science*. 5. 67-75. 10.1177/1948550613484499.
- Domínguez, E.M. & Aleán, M.A. (2020). “Narrativas para la emergencia del perdón, la reparación y la reconciliación en víctimas del conflicto armado en Colombia”. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 84, 62-78, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/maalean.pdf>
- Estrada-Atehortúa, C., Oliveros-Ossa, J., & Rentería-Hernández, L. (2019). Emociones sociales que constituyen barreras psicosociales para el perdón y la reconciliación en Medellín. En: Carmona, J. y Moreno, F. (ED.) *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 388 – 407). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.
- Fernández, P. (2000). *Afectividad Colectiva*. Universidad Autónoma de México.
- Fernández, P. (2004). *La sociedad mental*. Anthropos.
- Fernández, P. (2011). Sentimiento. En *Lo que se siente pensar o La cultura como psicología*. Acasías México: Taurus.
- Fernández, A.M. (2017). Una aproximación a los sentimientos ante la violencia y los movimientos sociales: el caso Ayotzinapa. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, XII (24), 125-165. [fecha de Consulta 13 de Septiembre de 2020]. ISSN: Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=2110/211053791006>
- Fisas, V. (2010). Introducción a los procesos de paz. *Quaderns de construcció de pau*(12), 1-24.
- Fromm, E. (1968). *La Revolución de la Esperanza. Hacia una tecnología humanizada*. Estados Unidos. : Fonde de Cultura Económica.
- Gómez, D; Bohórquez, L. & Villa Gómez, J.D. (2021). Entre la ley del talión y la coexistencia armónica. Creencias sociales sobre justicia, reconciliación y reintegración en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales*

- para la paz y la reconciliación en Colombia. (pp. 323-364). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Hernández, E. (2016). Negociaciones de paz en Colombia: una mirada en perspectiva de construcción de paz. *Papel Político*, 21(1), 35-56. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.papo21-1.npcm>
- Nasi, C., & Rettberg, A. (2005). Los estudios sobre conflicto armado y paz: Un campo en evolución permanente. *Colombia Internacional* (62), 64-85.
- Paladini, B. (2011). *Acción sin daño y construcción de paz*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.
- Perilla, D. (2018). La plebitusa: movilización política de las emociones posplebiscito por la paz en Colombia. *Maguaré*, 2(32), 153-181. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v32n2.77012>
- Tabares, C. (2019). Emociones políticas: confianza, esperanza y miedo en la discursividad pública del proceso de paz en Colombia (2012-2016). *Revista Latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 30, 47-59.
- Villa Gómez, J., Rúa-Álvarez, S., Serna, N., Barrera-Machado, D., & Estrada-Atehortúa, C. (2019). Orientaciones emocionales colectivas sobre el conflicto armado y sus actores como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en ciudadanos de Medellín. *El Ágora U.S.B.*, 19(1), 35-63. <https://doi.org/10.21500/16578031.4122>
- Villa Gómez, J.D., Velásquez Cuartas, N., Barrera Machado, D. & Avendaño Ramírez, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-49. DOI: 10.21500/16578031.4642